

¿El final de la historia?

Francis Fukuyama

En este artículo, que ha despertado una gran polémica en los medios académicos y políticos, el autor examina el decurso de los acontecimientos de la última década, a la luz de los principios hegelianos. Según el filósofo alemán, la historia culmina en un momento absoluto, en el que triunfa una forma final de sociedad y de Estado. Es el fin de las contradicciones y la demostración del poder autónomo de las ideas.

Para Fukuyama ese momento es el reciente triunfo del capitalismo sobre todos los sistemas económicos que le hicieron competencia. Al análisis de este proceso dedica el presente artículo '.

* * *

CUANDO SE OBSERVA EL CURSO de los acontecimientos de la última década, es difícil evitar la impresión de que algo fundamental sucede en la historia del mundo. El año pasado diferentes artículos celebraban el fin de la guerra fría y el hecho de que "la paz" pareciera imponerse en numerosas regiones. Pero la mayoría de esos análisis está desprovista de un cuadro conceptual amplio, que permita distinguir aquello que es esencial, de lo contingente o accidental en la historia del mundo. Son superficiales. Si Gorbachov fuese expulsado del Kremlin, o si emergiera un nuevo ayatollah del fondo de cualquier aislada capital del Medio Oriente, y proclamase la llegada de un reino milenarista, los comentaristas se verían en serios problemas para anunciar una nueva era de conflictos.

Estos cronistas, sin embargo, presienten oscuramente que un proceso más importante se está gestando. Un proceso que confiere orden y coherencia a los grandes titulares de los diarios. El siglo XX ha visto el desarrollo del mundo dentro de un paroxismo de violencia ideológica: primero se dio la lucha del liberalismo contra los restos del absolutismo, luego contra el bolchevismo y el fascismo, y, al final, contra un marxismo modernizado, que amenazaba con introducir al mundo en el apocalipsis de una guerra nuclear. Pero este siglo, que comenzó totalmente confiado en el triunfo último de la democracia liberal occidental, parece convertirse, en el término de un circuito completo, en el mismo punto de donde partió: no en el "final de las ideologías", o en una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se había previsto, sino en una victoria apabullante del liberalismo económico y político.

La victoria de Occidente —la idea de Occidente— brilla, sobre todo, ante el descrédito sufrido por cualquier sistema viable que pudiese sustituir

II TRIMESTRE 1990

al liberalismo. En el transcurso de la última década, hemos asistido a los cambios que se han experimentado en el ambiente intelectual de los dos grandes países comunistas del mundo, así como al inicio de movimientos de reforma importantes en uno y otro.

Semejante fenómeno sobrepasa con creces el dominio político, lo cual se puede constatar en la difusión de la cultura del consumismo occidental: mercados campesinos y televisores a color omnipresentes en China, restaurantes cooperativos y almacenes de alta costura inaugurados en Moscú, música de Beethoven en las disqueras japonesas, por no decir nada de la pasión que despierta el rock tanto en Praga como en Rangún o Teherán.

Puede perfectamente ocurrir que estemos asistiendo, no sólo al declive de la guerra fría o de una fase particular de la postguerra, sino al final de la historia como tal: al último punto de la evolución ideológica de la humanidad y a la universalización de la democracia liberal occidental en cuanto forma final del gobierno humano. Eso no quiere decir que se acabarán los sucesos dignos de llenar las páginas de las revistas consagradas a las relaciones internacionales, puesto que la victoria del liberalismo se produjo primero en el dominio de las ideas, y las conciencias, y aún se halla incompleta en el mundo real. Pero hay razones de fuerza que permiten creer que este ideal gobernará a nivel universal por un tiempo prolongado. Para comprender las razones de ello, es necesario examinar algunas cuestiones teóricas relativas a la naturaleza del cambio histórico.

El Estado universal y homogéneo

LA IDEA DEL FINAL DE LA HISTORIA NO ES ORIGINAL. Carlos Marx es el autor más conocido de los que la han difundido. El estaba convencido de que la evolución histórica tenía un sentido determinado por el juego de fuerzas materiales, y que ella no acabaría sino con la realización de una utopía comunista, que aportaría una solución final a todas las contradicciones anteriores. Pero la concepción de la historia como un proceso dialéctico —con un principio, un intermedio y un fin— fue un aporte de Hegel, retomado por Marx.

Para bien o para mal, el historicismo hegeliano se ha convertido en un aparte de nuestro bagaje intelectual contemporáneo. La idea de que la humanidad ha progresado hasta hoy mediante una serie de fases de conciencia, y que esas etapas han correspondido a formas concretas de organización social, como el estadio tribal, la esclavitud, la teocracia y, por último, las democracias igualitarias, es inseparable de la comprensión moderna del hombre. El concepto de la transformación del medio natural del ser humano con la aplicación de la ciencia y de la tecnología no era de Marx sino de Hegel. Sin embargo, contrariamente a los historiadores posteriores, en quienes el relativismo histórico degeneró en un relativismo a ultranza, Hegel creía que la historia culminaba en un momento absoluto, un momento en el que triunfaba una forma final y racional de sociedad y de Estado.

Por lo general se ve a Hegel a través de los lentes deformadores del marxismo. En Francia, sin embargo, se está haciendo un enorme esfuerzo por

sustraer a Hegel de las interpretaciones marxistas y por colocarlo de nuevo en su lugar justo: el del filósofo que habla con más acierto en su época.

Entre esos intérpretes franceses de Hegel, el más grande fue ciertamente Alexandre Kojève, brillante emigrante ruso que durante los años treinta dirigió en París una serie de seminarios cuya influencia ha sido considerable¹⁶.

Kojève buscaba resucitar al Hegel de la *Fenomenología del Espíritu*, que proclamaba que la historia había acabado en 1806. El joven Hegel veía en el triunfo de Napoleón en Iéna la victoria de las ideas de la Revolución Francesa y de la universalización inminente de un Estado que ejercería los principios de la libertad y la igualdad. Lejos de rechazar la afirmación de Hegel a la luz de los acontecimientos de los últimos ciento cincuenta años, Kojève insistía en el hecho de que el análisis de la filosofía alemana era esencialmente correcto. La batalla de Iéna marcó el fin de la historia porque en ese momento la vanguardia de la humanidad actualizó los principios de la Revolución Francesa. Pese a que aún, después de 1806 había un trabajo considerable por llevar a cabo (abolir la esclavitud y el comercio de esclavos, extender el derecho de votar a los obreros, mujeres, negros y otras minorías raciales, etc.), los principios fundamentales del Estado democrático liberal no volvieron a tener mejoría alguna. Las dos guerras mundiales del siglo XX y las revoluciones y levantamientos subsiguientes solo tuvieron por efecto extender el campo de aplicación de estos principios, de tal suerte que las diversas "provincias" de la civilización humana fueran elevadas a nivel de sus antecesores más avanzados. E igualmente se obligó a las sociedades europeas y de Norteamérica a poner en práctica más plenamente su liberalismo. El Estado que emerge al final de la historia es liberal en la medida en que reconoce y protege, mediante un sistema de leyes, el derecho universal del hombre a la libertad, y es democrático en la medida en que solo existe con el consentimiento de los gobernados.

De acuerdo con Kojève, este Estado, que él califica como "universal y homogéneo", encontró su concreción en los países de Europa Occidental después de la guerra: sí, precisamente en esos Estados prósperos, satisfechos de sí mismos, egocéntricos, débiles de voluntad, cuyo proyecto más heroico fue crear un mercado común¹⁷. No había allí nada sorprendente. El carácter conflictivo de la historia humana estaba fundado sobre la existencia de "contradicciones": la búsqueda del reconocimiento mutuo, la dialéctica del amo y el esclavo, la transformación y el dominio de la naturaleza, la lucha por el reconocimiento mundial del derecho y de la dicotomía entre proletario y capitalista. Pero en "el Estado homogéneo universal" todas las contradicciones anteriores son resueltas y todas las necesidades humanas satisfechas. Ya no hay más luchas ni conflictos en torno a los "grandes" problemas y, en consecuencia, ya no se necesitan generales u hombres de Estado. Lo que persiste es, esencialmente, la actividad económica.

16/ La obra más conocida de Kojève es su *Introduction à la lecture de Hegel* (Paris, Gallimard, 1947). Se trata de una transcripción de los cursos dictados en la Escuela Práctica de Altos Estudios.

17/ Kojève veía también el fin de la historia en el *American Way of life* de la postguerra, hacia el cual él imaginaba que la Unión Soviética también tendía.

A los ojos de sus contemporáneos de mediados de siglo, la proclamación del fin de la historia de Kojève debía parecer un solipsismo excéntrico, típico de un intelectual francés: provenía casi del fin de la Segunda Guerra y la guerra fría estaba en pleno apogeo. Para comprender el sentido de su audacia, debemos considerar antes el significado del idealismo hegeliano.

El poder de las ideas

HEGEL NO CREÍA QUE EL MUNDO REAL se hubiera conformado, o que se pudiera conformar de manera simplista por las nociones ideológicas preconcebidas de profesores de filosofía, ni que el mundo "material" no fuera capaz de apoyarse sobre el mundo ideal. De hecho, el profesor Hegel no pudo participar temporalmente de lo que el mundo tenía de más material, precisamente la batalla de Iéna! Pero si una bala, salida del mundo "material", hubiera podido interrumpir el curso del pensamiento y de los escritos de Hegel, el dedo que presionara el gatillo habría sido motivado por las ideas de libertad e igualdad de la Revolución Francesa.

Según Hegel, todo el comportamiento humano en el mundo material —toda la historia humana, por tanto—, halla sus raíces en un estado de conciencia anterior. Semejante idea es muy cercana a la que expresó Keynes cuando dijo que las políticas económicas partían generalmente de las observaciones improvisadas de un olvidado profesor de economía. Este estado de conciencia puede no ser explícito, como son la mayoría de las doctrinas políticas modernas: puede revestir la forma de una religión, o la de simples hábitos culturales y morales. Por lo tanto, a largo plazo, el dominio de la conciencia se manifiesta necesariamente en el mundo material y, de hecho, crea el mundo a su imagen. La conciencia es la causa, no el efecto.

El idealismo hegeliano ha sido muy maltratado. Marx invirtió el orden de prioridad entre lo ideal y lo real: relegó el ámbito de la conciencia —religión, arte, cultura y filosofía— al rango de "superestructura", determinada por el modo de producción material imperante. Heredamos del marxismo la tendencia a recluirnos en explicaciones materiales o utilitaristas de los fenómenos políticos o históricos, y nuestra reticencia a creer en el poder autónomo de las ideas.

Un ejemplo reciente de esto es la obra de Paul Kennedy *The rise and fall of the great powers* (Ascenso y caída de las grandes potencias), que ha contado con enorme éxito: el autor atribuye la caída de las grandes potencias simplemente a una extensión económica exagerada⁴. Esta tesis, como es evidente, tiene alguna validez: un imperio en el que la economía se sitúa justo encima del nivel de la supervivencia no puede echar mano indefinidamente de su tesoro. Pero si una sociedad moderna muy productiva decide invertir el tres o el siete por ciento de su Producto Nacional Bruto en materia de defensa, se trata de una opción de prioridad política tomada por esa sociedad, y está determinada por el dominio de la conciencia.

3/ Sobre la obra de Paul Kennedy ver el análisis de Bernard Cazes en *Commentaire*, No. 46, verano de 1989, pp. 413-416.

La propensión materialista del pensamiento moderno no debe atribuirse sólo a la izquierda marxista. Existe, dentro de la derecha, lo que se podría denominar la escuela del *Wall Street Journal*, que minimiza la importancia de la ideología y de la cultura y que mira esencialmente al hombre como un individuo racional en busca de obtener siempre la máxima ganancia. Es ese tipo de individuos que, según los manuales de ciencia económica, supuestamente constituye la base de la vida económica como tal⁵.

La escuela del materialismo determinista del *Wall Street Journal* tiene la costumbre de presentar los éxitos económicos de ciertos países de Asia en las últimas décadas, como prueba de la viabilidad de la economía de mercado, lo que da a entender que todas las sociedades del mundo tendrán un desarrollo análogo si se permite, simplemente, a sus poblaciones buscar con libertad sus intereses.

Es cierto que la libertad de mercado y un sistema político estable son condiciones previas necesarias para el crecimiento de una economía capitalista. Pero también es verdad que la herencia cultural de las sociedades del Lejano Oriente, su ética de trabajo, de economía y de familia, un legado religioso que no impone restricciones —como lo hace, por ejemplo, el islam— tiene ciertas formas de comportamiento económico, y otras cualidades morales, que juegan un papel importante para explicar los comportamientos de esos países⁶. El peso intelectual del materialismo es tal que no hay una sola teoría contemporánea respetable sobre el desarrollo económico, que trate seriamente la conciencia y la cultura como el molde en el que toma forma el comportamiento económico.

Por no comprender que las raíces del comportamiento económico están en el dominio de la conciencia y la cultura, se cae con frecuencia en el error de atribuir causas materiales a fenómenos cuya naturaleza es "ideal". Es, por ejemplo, un lugar común, en Occidente, interpretar los movimientos de reforma económica que se han llevado a cabo en China y, más recientemente, en la Unión Soviética, como la victoria de lo material sobre lo ideal. Es decir, como el reconocimiento del hecho de que la incitación ideológica no podía reemplazar la incitación material para estimular la productividad y que, para prosperar, había que descentralizar.

Pero los graves defectos de las economías socialistas eran ya evidentes, hace treinta o cuarenta años, ante los ojos de cualquier buen observador. Entonces, ¿por qué esos países no se alejaron de la planificación centralizada sino a partir de los años 80? Para responder habría que invocar las conciencias de las élites y de los dirigentes. El cambio no era inevitable dentro de las condiciones materiales en que se encontraban esos países en la antesala de las reformas: éste resultó de la victoria de una idea sobre otra.

4/ De hecho, los economistas modernos reconocen que el hombre no se comporta siempre como si buscara la máxima ganancia. Proponen una función de "utilidad", trátase de una renta o cualquier otro bien que pueda maximizarse: Ocio, satisfacción sexual, placer de filosofar... Que la ganancia pueda reemplazarse por un valor como la utilidad indica lo bien fundamentada que está la perspectiva idealista.

5/ Basta considerar los recientes resultados de los inmigrantes vietnamitas en el sistema escolar norteamericano, en comparación con los de sus condiscípulos negros o hispanoamericanos, para darse cuenta de que la cultura y la conciencia son absolutamente cruciales para explicar, no sólo el comportamiento económico, sino virtualmente cualquier otro aspecto importante de la existencia.

Para Kojève, así como para todos los buenos hegelianos, comprender los procesos profundos de la historia exige comprender la evolución de la conciencia y de las ideas, ya que, al fin de cuentas, es la conciencia la que moldea el mundo material a su imagen. Decir que la historia conoció su final en 1806, significa que la evolución ideológica de la humanidad se acabó con los ideales de las revoluciones norteamericana y francesa. Incluso si, en el mundo real, algunos regímenes particulares no consiguen poner en práctica esos ideales, esta verdad teórica es absoluta y no será revaluada. Igualmente importante para Kojève es que la toma de conciencia de la generación europea de la postguerra no se haya difundido por el mundo entero; si el desarrollo ideológico hubiese efectivamente, llegado a su fin, el Estado homogéneo terminaría por triunfar en todo el mundo material.

No cuento con el espacio, ni con la capacidad, para ser franco, de defender a profundidad la concepción idealista radical de Hegel. La cuestión no está en saber si el sistema hegeliano merece una adhesión total, sino si su punto de vista ayuda a desenmascarar la naturaleza problemática de muchas explicaciones materialistas que, creemos hoy, se caen de su propio peso. No se trata de negar el rol que cumplen los factores materiales como tales. Si la concepción misma del hombre acerca del mundo material es moldeada por la conciencia histórica que él tiene, es evidente que, a su turno, el mundo material puede afectar la viabilidad de ese estado particular de conciencia. Así, la abundancia espectacular aportada por la economía liberal avanzada y la sociedad de consumo tan variada que ésta posibilita, parecen a la vez llenar de valor y proteger al liberalismo en el ámbito político. Trato aquí de evitar el determinismo materialista según el cual la economía liberal produce inevitablemente una política liberal, puesto que creo tanto la economía como la política presuponen un estado de conciencia tal, que haga posibles tanto a la una como a la otra. Pero ese estado de conciencia que permite el crecimiento del liberalismo, parece estabilizarse de la manera que uno llamaría "el final de la historia", si el sistema se confirma por la abundancia de una economía de mercado moderna.

Los desafíos al liberalismo

¿PERO HEMOS LLEGADO DE VERDAD al fin de la historia? En otros términos: ¿hay en la existencia humana algunas "contradicciones" fundamentales que no se puedan resolver en el contexto del liberalismo moderno y que si hallen solución dentro de otra estructura político-económica? Si se aceptan las premisas "idealistas" expuestas en estas líneas, es necesario buscar la respuesta a esas preguntas en el reino de la conciencia y de la ideología.

Nuestra tarea no consiste en contestar exhaustivamente a todos los retos al liberalismo que han sido expuestos por los charlatanes de todo el mundo, sino sólo a aquellos encarnados en movimientos sociales o políticos relevantes, que son, por tanto, parte integrante de la historia universal. Los pensamientos extraños que pueden atravesar el espíritu de ciertas personas en Albania o Burkina-Faso nos interesan poco en nuestro propósito: lo que nos preocupa es lo que podríamos llamar el legado ideológico común de la humanidad.

En el transcurso de este siglo, el liberalismo ha enfrentado dos enormes retos: el del fascismo y el del comunismo⁶⁷. El primero consideraba la debilidad política, el materialismo, la anomalía y ausencia de espíritu comunitario de Occidente como las contradicciones fundamentales inherentes a las sociedades liberales, que no podían ser resueltas sino por un Estado fuerte, que forjaría un "pueblo" nuevo, basado en el exclusivismo nacional. Como ideología viviente, el fascismo fue destruido por la Segunda Guerra Mundial. Fue ciertamente una derrota a nivel material, que también representó la derrota de la idea misma de fascismo. Lo que destruyó al fascismo como idea no fue la reprobación moral universal, puesto que tanta gente estuvo desde tiempo atrás tan dispuesta a respaldarlo, que parecía tener futuro. Se destruyó fue por su fracaso. Después de la guerra, a la mayoría de la gente le pareció que el fascismo alemán, lo mismo que sus variantes europeas y asiáticas, estaba destinado a la autodestrucción. Ninguna razón material impedía que surgieran otras agrupaciones fascistas, posteriormente, en otros lugares, si no fuera porque el ultranacionalismo expansionista, portador de interminables conflictos que conducían a desastrosas derrotas militares, había perdido todo poder de seducción: los movimientos parafascistas engendrados por los ejemplos alemán y japonés, como el peronismo argentino, o la Armada Nacional de Subhas Chandra Bose en India, se marchitaron después de la guerra.

El otro desafío ideológico lanzado al liberalismo, el comunismo, fue mucho más serio. Utilizando el lenguaje de Hegel, Marx había afirmado que la sociedad liberal presentaba una contradicción fundamental, que no se podía resolver dentro de su propio marco: la dicotomía entre capital y trabajo, que ha constituido el motivo principal de las acusaciones hasta ahora emprendidas contra el liberalismo. Pero con toda seguridad, el problema de clases se ha resuelto exitosamente en Occidente. Como anotó Kojève, entre otros, el igualitarismo de Estados Unidos representa a fondo la realización de la sociedad sin clases concebida por Marx. Esto no quiere decir que en Norteamérica no haya pobres y ricos, ni que la barrera que los separa no se haya agrandado durante los últimos años. Pero las causas profundas de la desigualdad económica están más relacionadas con las características culturales de los grupos que constituyen la sociedad, que con su herencia histórica, que con su estructura legal y social, que sigue siendo fundamentalmente igualitaria y moderadamente redistributiva. Así, la pobreza de los negros norteamericanos no es una consecuencia intrínseca del liberalismo, sino del "legado de la esclavitud y el racismo", que se mantiene aún mucho tiempo después de la abolición formal de la esclavitud.

67 No utilizo aquí el término "fascismo" en su acepción más precisa, y soy plenamente consciente del abuso frecuente de esa palabra para denunciar a cualquiera que esté a la derecha de quien dudosamente la utiliza. Aquí "fascismo" se refiere a todo movimiento ultranacionalista organizado con pretensiones universalistas, por supuesto no en lo que concierne a su nacionalismo, puesto que este último es excluyente por definición, sino universalista con respecto a su convicción del derecho del movimiento a dominar a otros pueblos. En ese sentido, era fascista el Japón imperial, en tanto que el término no se aplica al Paraguay de Stroessner ni al Chile de Pinochet. Es evidente que las ideologías fascistas no pueden ser universalistas como lo son el marxismo y el liberalismo; pero la estructura de la doctrina puede transferirse de un país a otro.

Como resultado del retroceso de la lucha de clases, la seducción que ejerce el comunismo en el mundo occidental desarrollado es, se podría decir, menor hoy que en toda la época posterior a la Primera Guerra Mundial. Se puede medir con diversos índices: la disminución de los miembros y de los resultados electorales de los grandes partidos comunistas europeos; el carácter abiertamente revisionista de sus programas; el éxito electoral de los partidos conservadores de la Gran Bretaña, de Alemania, de los Estados Unidos y de Japón, partidos que son favorables al mercado y antiestatistas; y, en fin, un clima intelectual que hace que los miembros más "avanzados" de la sociedad contemporánea ya no crean que el modo de vida burgués sea algo que hay que dejar atrás.

Se podría destacar el hecho de que la solución socialista no haya sido extremadamente plausible en la región del Atlántico Norte, y de que en el transcurso de las últimas décadas haya obtenido mayor renombre por fuera de la región. Pero lo más sorprendente son precisamente las profundas transformaciones ideológicas ocurridas durante estos últimos años, en el mundo no europeo.

Con seguridad, Asia es el escenario en donde han tenido lugar los cambios más notorios. Debido a la fuerza y a la adaptabilidad de sus culturas, este continente es campo de batalla de diversas ideologías importadas de Occidente a comienzos de siglo. En el periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial, el liberalismo representaba una corriente extremadamente débil en Asia. Se olvida con facilidad cómo era de sombrío el futuro político de Asia hace diez o quince años. Y se olvida también la importancia que las luchas ideológicas asiáticas parecían tener en la evolución política del mundo en su conjunto.

El fascismo del Japón imperial, primera doctrina que se opuso al liberalismo, fue vencido en Asia de manera decisiva. El fascismo japonés fue derrotado por las armas norteamericanas en la Guerra del Pacífico, y la democracia liberal fue impuesta en la isla por los vencedores. El capitalismo y el liberalismo político occidental, una vez implantados en el Japón, fueron adoptados y transformados por sus habitantes hasta el punto de que apenas se podían reconocer⁷. Actualmente muchos norteamericanos se dan cuenta de que la organización industrial japonesa es muy diferente de la que prevalece en Estados Unidos y en Europa. Podemos preguntarnos qué relación hay entre las intrigas del partido en el poder en Japón, el Partido Liberal Democrático, y la democracia, tal como nosotros la entendemos. En todo caso, el hecho mismo de que los elementos esenciales del liberalismo económico y político hayan podido incorporarse con tan buen resultado a las tradiciones e instituciones específicamente japonesas, garantiza su supervivencia a largo plazo. Y lo que es aún más importante es la contribución que Japón le ha hecho a la historia mundial, al seguir la huella de Estados

7/ Recorro aquí al ejemplo de Japón con cierta prudencia, teniendo en cuenta que Kojève, hacia el final de su vida, llegó a la conclusión de que este país, con su cultura basada en artes puramente formales, proporcionaba la prueba de que otro "fin de la historia" era posible... A este respecto, hay que recurrir a la larga nota que Kojève colocó al final de la segunda edición de su *Introduction a la lecture de Hegel* pp. 436-437.

Unidos y crear una cultura de consumo verdaderamente universal, que se convirtió a la vez en símbolo y soporte del Estado homogéneo universal. Al recorrer Irán poco tiempo después de la revolución de Khomeini, V.S. Naipaul quedó sorprendido con la omnipresencia de la publicidad de las firmas Sony, Hitachi y J.V.C.; la seducción de tales productos parecía virtualmente irresistible, y desmentía la pretensión del régimen de instaurar un Estado basado en el *sharia*.

El deseo de acceder a la sociedad de consumo, creada en buena medida por Japón, ha desempeñado un papel crucial en la expansión del liberalismo económico a lo largo de Asia, y por este medio, en la promoción del liberalismo político.

El éxito económico de otros países asiáticos recientemente industrializados, que siguieron el ejemplo de Japón es una historia bien conocida. Lo importante en este caso, desde un punto de vista hegeliano, es que el liberalismo político ha seguido al liberalismo económico, más lentamente de lo que muchos lo esperaban, pero en forma aparentemente irresistible. En ello puede uno todavía ver la victoria de la idea del "Estado homogéneo universal". Corea del Sur, por ejemplo, se transformó en una sociedad moderna, urbanizada, con una clase media cada vez más numerosa e ilustrada, a la que no se puede apartar de las tendencias democráticas cada vez más fuertes que se desarrollan en su entorno. En estas condiciones, gran parte de esta población considera intolerable estar gobernados por un régimen militar anacrónico. Entre tanto Japón, que en el plano económico no tiene sino una decena de años de ventaja sobre Corea del Sur, disfruta desde hace más de cuarenta años de instituciones parlamentarias.

La China de Deng

EL PODER DE LA IDEA LIBERAL parecería mucho menos impresionante si no hubiese también contaminado el país más vasto y dotado de la cultura más antigua del Asia: la China. La simple existencia en Asia de una China comunista había creado un polo de atracción ideológica que, como tal, se constituía en amenaza para el liberalismo.

Pero en el curso de los últimos quince años, el marxismo-leninismo se ha encontrado casi por completo desacreditado como sistema económico. El hecho fue denunciado en el famoso tercer pleno del décimo Comité Central del Partido Comunista Chino en 1978: el partido decidió descolectivizar la agricultura, que ocupa a 800 millones de chinos. El papel del Estado en la agricultura se redujo al de recaudador, mientras que la producción de bienes de consumo era bruscamente incrementada, para que los campesinos tuvieran alguna especie de contacto con el "Estado homogéneo universal" y encontraran, así, incentivos para trabajar. En sólo cinco años la reforma dobló la producción china de cereales: semejante resultado brindó a Deng Xiaoping una sólida base política para expandir la reforma a otros sectores de la economía.

No se puede calificar a la China actual como una democracia liberal. Por el momento, su economía está determinada por las leyes del mercado

en un 20 por ciento apenas; pero, lo que es más importante, su dirección está en manos de un Partido Comunista que no muestra intención alguna de delegar su poder. Deng, a diferencia de Gorbachov, no ha hecho promesa alguna en cuanto a la democratización del sistema político. Tampoco hay en China un equivalente al *glasnot* soviético. Los dirigentes chinos han sido más circunspectos en sus críticas a Mao, de lo que lo ha sido Gorbachov con respecto a Brezhnev. El régimen chino continúa rindiendo homenaje al marxismo-leninismo y a su fundamento ideológico.

Sin embargo, cualquiera que conozca un poco los comportamientos de la nueva élite tecnocrática que gobierna la China sabe que el marxismo y sus principios han dejado virtualmente de representar una guía adecuada para la política china, y que los hábitos burgueses de consumo tienen, por primera vez desde la revolución, un significado real para la población.

Hay, sobre todo, que considerar el ritmo de la reforma, las campañas contra la "polución espiritual" y la represión de la disidencia política como ajustes tácticos en el curso de una transición política extraordinariamente difícil.

En la medida en que el poder económico se pone en manos de la gente y que la economía se abre más hacia el exterior, la atracción que ejercen las ideas liberales se vuelve cada vez más fuerte. En la actualidad, más de 20 mil estudiantes chinos asisten a las universidades de los Estados Unidos y de otros países occidentales, casi todos pertenecientes a la élite china. Es difícil creer que, una vez de vuelta en su patria para dirigirla, acepten que ésta sea el único país de Asia que no ha sido tocado por la enorme corriente de la democratización⁸.

Desde el punto de vista de la historia mundial, lo importante en la China actual no es el estado de la reforma ni sus perspectivas en el futuro: es el hecho de que la República Popular de China no puede jugar el papel de faro para las fuerzas antiliberales en el mundo, para los guerrilleros de la selva asiática o para los estudiantes de clase media en París. De hecho la China ha sido influida de manera decisiva por la prosperidad y el dinamismo de su hermana enemiga: ¡la ironía de la historia ha otorgado a Taiwan esta última victoria!

La Unión Soviética de Gorbachov

PESE A LA IMPORTANCIA DE LOS CAMBIOS que han tenido lugar en China, es la evolución de la Unión Soviética —"patria del proletariado mundial"— lo que dio el golpe al marxismo-leninismo, considerado como alternativa de cambio a la democracia liberal.

Debe quedar bien claro que en lo que respecta a las instituciones formales, poco ha cambiado en los cinco años transcurridos desde cuando Gorbachov llegó al poder: los mercados libres y el movimiento cooperativo sólo

representan una pequeña parte de la economía soviética, que permanece sometida a la planificación central. El sistema político aún está dominado por el Partido Comunista, que no se ha democratizado interiormente, ni ha compartido el poder con otros grupos. El régimen sigue sosteniendo que busca modernizar el socialismo y que su fundamento ideológico sigue siendo el marxismo-leninismo; y, en fin, Gorbachov afronta una oposición conservadora poderosa, que podría impedir muchos cambios.

De otra parte, es difícil mostrarse muy optimista en cuanto a las posibilidades de que las reformas de Gorbachov sean un éxito económico o político. Pero mi propósito aquí no es analizar los acontecimientos a corto plazo, ni hacer predicciones con fines políticos, sino examinar las líneas de fuerza en el campo de la ideología y de la conciencia. Y en este respecto una transformación impresionante ha tenido lugar.

Desde hace por lo menos una generación, los emigrantes de la Unión Soviética han dado a conocer el hecho de que virtualmente ninguna persona en su país creía de verdad en el marxismo-leninismo, y que este fenómeno era aún más evidente dentro de la élite que, por puro y simple cinismo, continuaba proclamando los lemas comunistas. Sin embargo la corrupción y decadencia del fin de la era de Brezhnev carecía de mayor relevancia, puesto que el Estado mismo se oponía a cuestionar los principios básicos sobre los que se funda la sociedad soviética; el sistema debía funcionar convenientemente por simple inercia, e incluso podía crear cierto dinamismo en materia de política extranjera y militar. La ideología contaba con un toque mágico que, por más absurdo que fuera, daba permanencia a una base sobre la que la élite lograba ponerse de acuerdo para gobernar a la sociedad soviética.

Lo que ha ocurrido en el tiempo transcurrido desde cuando Gorbachov subió al poder es una ofensiva contra las instituciones y los principios esenciales del stalinismo y su remplazo por otros que no pertenecen al liberalismo, pero cuya lógica sí es la suya. Este fenómeno es más evidente en el ámbito económico, en el que los reformistas que rodean a Gorbachov se han radicalizado en su defensa del mercado libre, hasta el punto de que algunos de ellos, como Nikolai Chmelev, no se molestan por ser comparados en público con Milton Friedman.

Entre los defensores de la doctrina económica que predomina en la actualidad, existe un consenso virtual en torno a que la planificación central y el sistema autoritario de asignaciones, constituyen la principal causa de la ineficiencia económica y que urge autorizar la toma de decisiones libres y descentralizadas en lo referente a inversiones, manos de obra y precios, para superar estos males del sistema soviético.

Después de dos años iniciales de confusión ideológica, estos principios han sido finalmente integrados a la política del país, con la promulgación de nuevas leyes sobre la autonomía de las empresas, las cooperativas y, por fin en 1988, sobre las rentas familiares. La actual puesta en práctica de la reforma presenta cierto número de graves fallas. La más notable es la carencia de una reforma del sistema de precios. Pero no se trata de un mero problema conceptual: Gorbachov y sus asesores parecen comprender la lógica económica del mercado, pero como los dirigentes de cualquier país

⁸ El presente artículo fue escrito antes de la sangrienta represión del movimiento estudiantil a comienzos de junio de 1989.

del Tercer Mundo, temen las consecuencias sociales de la supresión de las subvenciones al consumidor y otras formas de dependencia con respecto al sector estatal.

En el campo político, las modificaciones propuestas a la Constitución soviética, al sistema jurídico y a los reglamentos del partido no equivalen al establecimiento de un Estado liberal.

Los principios generales que sirven de fundamentación a diferentes reformas —el “pueblo” debe ser verdaderamente responsable de sus asuntos; los órganos políticos más elevados deben servir de ejemplo en sus actividades ante sus inferiores, y no lo contrario; la ley debe prevalecer sobre las acciones policivas arbitrarias; son importantes la separación de poderes y un sistema judicial independiente; los derechos de la propiedad deben ser legalmente protegidos; la discusión abierta es indispensable; la disidencia tiene derecho de manifestarse en público; los “soviets” se convierten en un foro en el que todos los soviéticos pueden participar; la cultura política será más tolerante y pluralista—; emanan de una fuente fundamentalmente contraria a la tradición marxista-leninista de la Unión Soviética, aunque sean enunciados de manera incompleta y puestos en práctica con mediocridad.

Las afirmaciones repetidas por Gorbachov, según las cuales él no hace nada distinto a restaurar el significado original del leninismo, conservan una especie de doble lenguaje al estilo Orwell. Gorbachov y sus aliados pretenden hacer creer que la democracia al interior del partido es, de alguna forma, la esencia del leninismo y que las diversas prácticas liberales, como las discusiones abiertas, las elecciones con voto secreto y el imperio de la ley, constituyen parte integrante del legado leninista: simplemente fueron violadas más tarde por Stalin. Trazar una división tan definida entre Lenin y su sucesor no tiene sentido. La esencia del centralismo democrático de Lenin, era el centralismo, no la democracia. Era, por ende, la dictadura absolutamente rígida, monolítica y disciplinada de una vanguardia comunista, organizada con jerarquías, que hablaba a nombre del pueblo.

Todas las odiosas polémicas de Lenin contra Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y otros rivales mencheviques y social-demócratas para no mencionar su desprecio por la “legalidad burguesa” y por las “libertades formales”, tuvieron como núcleo su honda convicción de que una revolución no podía ser efectuada por una organización dirigida democráticamente.

Después de haber emprendido una denuncia total del stalinismo y del brezhnevismo, considerados como fuente de todos los males actuales de la Unión Soviética, Gorbachov necesita un punto fijo en la historia soviética para legitimar la retención del poder. Pero esas necesidades tácticas, no pueden ocultar el hecho de que los principios de democratización y descentralización que ha enunciado, tanto en el plano económico como en el político, son altamente subversivos, con respecto a algunos preceptos fundamentales del marxismo y del leninismo. Para decir verdad, si la reforma económica propuesta en la actualidad, fuese llevada a la práctica, sería difícil comprender en qué aspectos la economía soviética sería más socialista que la de otros países occidentales dotados de vastos sectores públicos. Empero, no se puede catalogar a la Unión Soviética, en la fase que vive hoy, como un país liberal o

democrático. No creo que sea muy probable que la *perestroika* triunfe hasta tal punto que ese calificativo identifique a Gorbachov en el futuro cercano.

Pero, al final de la historia, no será necesario que todas las sociedades se conviertan en sociedades liberales victoriosas. Es suficiente con que renuncien a su pretensión de representar formas diferentes y superiores de la organización humana. Al respecto pienso que en la Unión Soviética se ha producido en el transcurso de los últimos años algo muy importante: la crítica al sistema soviético ratificada por Gorbachov ha sido tan completa y devastadora que hay poco riesgo de que el país vuelva a caer simplemente en el stalinismo o en el brezhnevismo. Gorbachov por fin ha permitido a las personas decir en público lo que habían comprendido en privado desde hacía tiempos: que los toques mágicos del comunismo son absurdos, que el socialismo soviético no es superior al sistema occidental sino que, de hecho, es un fracaso monumental.

La oposición conservadora en la Unión Soviética —que comprende desde sencillos obreros que temen al desempleo y a la inflación, hasta funcionarios del partido que pueden perder sus puestos y privilegios— no disimula su punto de vista, e incluso podría llegar a destituir a Gorbachov en los próximos años. Pero estos grupos desean la tradición, el orden y la autoridad. No manifiestan un compromiso profundo con el marxismo-leninismo, salvo en el hecho de que en él han invertido gran parte de sus vidas⁹. Para restaurar la autoridad en la Unión Soviética, luego de la demolición en que la ha sumido Gorbachov, sería necesario fundar una ideología nueva y vigorosa, que aún no se vislumbra en el horizonte.

Si se admite que los desafíos lanzados al liberalismo por el fascismo y el comunismo están vencidos, ¿quedarían todavía otras corrientes ideológicas? O, en otros términos, ¿se encuentran contradicciones irresolubles más allá de la de las clases sociales, en la sociedad liberal? Dos respuestas surgen del espíritu: la religión y el nacionalismo.

La religión y el nacionalismo

SE HA OBSERVADO RECIENTEMENTE la introducción del fundamentalismo en la tradición cristiana, en la judía y en la musulmana. Uno se inclina a pensar que la renovación religiosa es testimonio de una profunda insatisfacción creada por la uniformidad y el vacío espiritual de las sociedades liberales de consumo. Si bien es innegable que el vacío que reside en el corazón del liberalismo es una debilidad ideológica, no es de ninguna manera evidente que pueda remediarse por la política. El liberalismo moderno es, a su turno, una consecuencia histórica de la debilidad de las sociedades fundadas sobre la religión que, sin lograr un acuerdo sobre la naturaleza de una “buena vida”, fueron incapaces de crear las condiciones mínimas de la paz y de la estabilidad.

En el mundo contemporáneo, sólo el Islam ha propuesto un Estado teocrático como alternativa al liberalismo y al comunismo. Pero esta doctri-

⁹ Es particularmente verdadero en el caso del principal conservador soviético, el anterior segundo secretario Egor Ligatchev, quien ha reconocido públicamente las graves fallas del período de Brezhnev.

na presenta tan poco atractivo para los no musulmanes, que es difícil concebir al movimiento con una importancia y un significado universales. Otros grupos religiosos, organizados de una manera menos autoritaria, han logrado una satisfacción de sus parámetros de existencia personal, tal y como lo permiten las sociedades liberales. La otra "contradicción" importante, potencialmente irresoluble en el marco del liberalismo es la que presenta el nacionalismo y otras formas de conciencia racial y étnica. Es innegable que, desde la batalla de Iéna, el nacionalismo se ha colocado en la base de innumerables conflictos. En el curso de este siglo dos guerras mundiales catastróficas han sido provocadas por el nacionalismo bajo formas diversas, y si, en alguna medida, se ha logrado acallar sus pasiones en la Europa de la postguerra, aún son extremadamente poderosas en el Tercer Mundo. Históricamente el nacionalismo ha sido una amenaza para el liberalismo en Alemania, y lo es todavía en algunos partidos aislados de la Europa "post-histórica", como en Irlanda del Norte.

Sin embargo no es evidente que el nacionalismo represente una contradicción insuperable en el corazón del liberalismo. Para empezar, no se trata de un fenómeno único, sino de varios fenómenos. Hay una nostalgia cultural por la doctrina altamente organizada y elaborada del nacional-socialismo. Son sólo los nacionalismos sistematizados, como este último, los que pueden compararse, como ideologías globales, con el liberalismo o el comunismo. La gran mayoría de los movimientos nacionalistas en el mundo no cuentan con un programa político que vaya más allá de un deseo negativo de independencia con respecto a otro grupo o a otra persona, y no ofrecen nada distinto a su semejanza con un programa de organización socio-económica. Por ello son compatibles con las doctrinas e ideologías que ofrecen tales programas. Y si esos nacionalismos representan una fuente de conflictos para las sociedades liberales, éstos no provienen tanto del liberalismo mismo como del hecho de que el liberalismo en cuestión es incompleto. Una gran parte de las tensiones étnicas y nacionalistas en el mundo se pueden explicar por el hecho de que los pueblos son obligados a vivir dentro de sistemas políticos no representativos que ellos no eligieron.

Incluso si es imposible excluir la aparición súbita de nuevas ideologías o de contradicciones imprevistas en las sociedades liberales, el mundo actual parece confirmar que los principios fundamentales de la organización sociopolítica no han progresado desde 1806. Muchas guerras y revoluciones que han brotado desde entonces, han sido emprendidas a nombre de ideologías que proclamaban ser más avanzadas que el liberalismo, pero cuyas pretensiones fueron, al fin de cuentas, desmentidas por la historia. Entretanto, ellas contribuyeron a la expansión del "Estado homogéneo universal", hasta el punto de que éste podría ejercer una influencia considerable sobre el carácter general de las relaciones internacionales.

El cambio en las relaciones internacionales

¿QUE IMPLICACIONES TRAE ENTONCES EL "FINAL DE LA HISTORIA" para las relaciones internacionales? Es evidente que gran parte del Tercer Mundo sigue

profundamente atascado en la historia y seguirá siendo territorio de conflictos durante largos años. Pero, por el momento, prestemos nuestra atención a los Estados más vastos y desarrollados que, después de todo, son responsables de la mayor parte de la política mundial.

Es improbable que Rusia y China se unan a las naciones liberales de Occidente en un futuro cercano. Pero supongamos por un instante que el marxismo-leninismo deje de ser un factor determinante en la política exterior de esos países, perspectiva, que si hasta ahora no se ha llevado a cabo, si se ha vuelto posible en el curso de los últimos años. ¿En qué difieren las características de un mundo desideologizado de aquéllas que nos son familiares?

Con frecuencia respondemos que las diferencias no serán muy grandes. La opinión prevaleciente afirma que, en efecto, bajo la cobertura ideológica, existe un núcleo fuerte de interés nacional, que mantendrá siempre un elevado nivel de concurrencia y conflicto entre las naciones. De acuerdo con una fuerte escuela popular de teóricos de las relaciones internacionales, el conflicto es inherente al sistema internacional como tal. Para evaluar las perspectivas del conflicto, es necesario considerar la forma del sistema —si es, por ejemplo, bipolar o multipolar—, más que el carácter específico de las naciones y de los regímenes que lo constituyen. Esta escuela aplica las concepciones políticas de Hobbes a las relaciones internacionales, y postula que la agresión y el expansionismo son características universales de las sociedades humanas, y no el producto de circunstancias históricas específicas.

Quienes defienden esta concepción estiman también que la relación que existía entre los protagonistas del equilibrio clásico de las potencias, en la Europa del siglo pasado, constituye un modelo al cual se asemejaría un mundo contemporáneo desideologizado. Charles Krauthammer, por ejemplo, explicaba hace poco que si la Unión Soviética, por efecto de las reformas de Gorbachov, se liberara de la ideología marxista-leninista, su comportamiento sería similar al de la Rusia imperial del siglo XIX¹⁰. Al encontrar esto más tranquilizante que la amenaza representada por una Rusia comunista, él da a entender que los conflictos que tendrían lugar, serían como los que existían el siglo pasado entre Rusia y la Gran Bretaña o el imperio alemán. Es seguramente un punto de vista cómodo para aquéllos que opinan que un cambio fundamental se está produciendo en la Unión Soviética, pero que no desean asumir la responsabilidad de recomendar la reorientación radical de la política que implica admitirlo. Pero ¿es eso acertado?

En realidad la idea de que la ideología es una superestructura, superpuesta a un sustrato constituido por el interés permanente de las grandes potencias es extremadamente sospechosa. La manera en que cada Estado define su interés nacional no es universalmente idéntica, pero se funda sobre una base ideológica previa, de la misma manera como el comportamiento económico está determinado como un Estado previo de conciencia. En el transcurso de este siglo, los Estados han adoptado doctrinas muy elaboradas, que

10 / Ver "Beyond the cold war" *The New Republic*, 19-12, 1988.

comprenden explícitamente programas de política extranjera que legitiman su expansión: ese fue el caso del comunismo soviético, lo mismo que del nacionalismo.

La conducta expansionista y competitiva de los Estados europeos del siglo XIX se basó en fundamentos no menos conceptuales, aunque la ideología que animaba esos Estados era menos explícita que la de las doctrinas del presente siglo. Para empezar, la mayoría de las sociedades "liberales" decimonónicas no eran liberales porque legitimaran el imperialismo, es decir, el derecho de una nación a dominar a otras, sin tener en cuenta los deseos de las poblaciones subordinadas. La justificación del imperialismo variaba de una nación a otra: Ello provenía de la creencia vulgar en la legitimidad de la fuerza, en particular cuando la imposición se ejercía sobre pueblos no europeos, hasta que acogieron la idea del predominio del hombre blanco y de la misión evangelizadora de Europa, y el deseo de dar a los pueblos de color acceso a la cultura de Rabelais y de Molière. Cualquiera que fuera el fundamento ideológico particular, toda nación "desarrollada" creía en el derecho de las civilizaciones superiores a gobernar a las inferiores: era la misma actitud, valga decirlo, que asumieron los Estados Unidos frente a Filipinas.

El término extremo y monstruoso del imperialismo del siglo XIX fue el fascismo alemán, ideología que justificaba el derecho de Alemania a dominar, no sólo a los pueblos no europeos, sino a todos los pueblos no alemanes. Pero, retrospectivamente, parece que Hitler representaba un caso único y atroz con relación al curso general de la evolución europea y, después de su derrota, la legitimidad de cualquier forma de expansión territorial fue descreditada por completo.

Desde la Segunda Guerra Mundial el nacionalismo europeo perdió toda su mordacidad, lo mismo que su incidencia en la política extranjera. En consecuencia, el modelo de comportamiento propuesto por las grandes potencias del siglo XIX se volvió rápidamente anacrónico. La forma más extrema de nacionalismo que haya mostrado un Estado de Europa occidental, desde 1945, fue el gaullismo, cuya afirmación misma está esencialmente limitada a sutilezas políticas y culturales. Para la parte del mundo que ha llegado al "final de la historia", la vida internacional es más una cuestión económica que política o estratégica.

Es cierto que los Estados occidentales desarrollados continúan alimentando sistemas de defensa y, durante el período de la postguerra, se han sumido en vigorosas luchas de influencia para enfrentar la amenaza comunista mundial. Pero ese comportamiento fue motivado por una amenaza exterior, proveniente de los Estados dotados de ideologías abiertamente expansionistas; no existiría sin tales Estados.

Tomemos la teoría "neo-realista": es necesario imaginar que el comportamiento competitivo "natural" de las naciones se reafirmaría entre los Estados de la OCDE si Rusia y China desaparecieran de la superficie de la tierra. Alemania Occidental y Francia se armarían una contra otra como lo hicieron en los años 30 Australia y Nueva Zelandia, que enviaron consejeros militares para bloquear recíprocamente sus progresos en África. La fron-

tera entre los Estados Unidos y Canadá se llenaría de fortificaciones. Bien entendida, semejante perspectiva es ridícula. Una vez desaparecida la amenaza marxista-leninista, asistiríamos más bien a la extensión del Mercado Común a la política mundial, más que a la desintegración de la C.E.E. y al regreso a la rivalidad entre los Estados, al estilo del siglo XIX. Como lo demuestra la experiencia de los Estados Unidos con Europa a propósito del terrorismo y Libia, los países de este continente están mucho más lejos que aquél en el rechazo a la legitimidad del uso de la fuerza en la política internacional, aún en caso de legítima defensa.

La hipótesis según la cual Rusia, una vez desprovista de su ideología comunista expansionista, volverá a su comportamiento de la época de los zares justo antes de la revolución bolchevique, es bastante extraña. Significa suponer que la evolución de la conciencia humana se habría congelado durante todo ese tiempo, y que los soviéticos, frente a los vientos de las ideas económicas occidentales, se inclinarán hacia opciones políticas que son anacrónicas desde hace un siglo en el resto de Europa. No es, en todo caso, lo que sucedió en China, después de que se emprendieron las reformas. El expansionismo chino ha desaparecido virtualmente del escenario mundial: Beijing ya no patrocina más insurrecciones maoístas ni intenta influir sobre lejanos Estados africanos, como lo hacía en los años 60.

El verdadero interrogante para el futuro es saber en qué medida las élites soviéticas han asimilado la conciencia del Estado homogéneo universal en que se ha convertido Europa después de Hitler. Al leer sus escritos, y basándome en los contactos personales que he sostenido con ellos, no dudo de que los miembros de la inteligencia liberal agrupados en torno de Gorbachov, no hayan compartido, en un lapso muy corto, la opinión de que "la historia ha terminado". Ello se debe en gran parte a las relaciones que ellos han tenido desde fines de la era Brezhnev con la civilización europea que los rodea. El "nuevo pensamiento político" —es con ese término genérico que ellos designan su concepción actual— describe un mundo dominado por las preocupaciones económicas, en el que no existen razones ideológicas para un conflicto importante entre naciones, y en consecuencia, recurrir a la fuerza militar es menos legítimo. Como ha dicho el ministro de Relaciones Exteriores, Shevardnadze:

La lucha entre dos sistemas opuestos ya no es una tendencia determinante de la época actual. En la fase moderna adquiere una importancia decisiva la capacidad de producir riqueza material a un ritmo acelerado, basada en la ciencia de primer plano y en técnicas y tecnologías de elevado nivel, para distribuir con equidad esa riqueza, y mediante esfuerzos conjuntos, restaurar y proteger los recursos necesarios para la supervivencia de la humanidad"¹¹.

La conciencia post-histórica representada por este "nuevo pensamiento" es apenas uno de los muchos destinos posibles para la Unión Soviética.

¹¹ / *Vestnik Ministerstva Inostrannike del SSSR* No. 15 (agosto, 1988), 27-46. El "nuevo pensamiento" tiene fines propagandísticos, para persuadir a Occidente de las buenas intenciones soviéticas. Pero el hecho de que se trate de buena propaganda no significa que quienes la formulan no tomen en serio muchas de esas ideas.

En el país siempre ha existido una fuerte corriente de chovinismo ruso, que se expresa con mayor libertad desde la *glasnot*. Es, entonces posible que se regrese por cierto tiempo al marxismo-leninismo tradicional, como simple punto de confluencia de aquellos que desean restaurar la autoridad disipada por Gorbachov. Pero, como en Polonia, el marxismo-leninismo está muerto en su papel de ideología movilizadora: bajo su bandera no se puede obligar a trabajar a la gente, y sus adherentes perdieron confianza en ellos mismos. En todo caso, contrariamente a los propagandistas del marxismo-leninismo tradicional, los ultranacionalistas de la Unión Soviética estuvieron fascinados con la causa eslava, y queda la impresión de que en ese país la solución de cambio ofrecida por el fascismo no ha perdido todas sus oportunidades.

Así, la Unión Soviética se encuentra en una encrucijada. Puede tomar el camino que se han abierto desde hace 45 años los Estados de Europa Occidental, camino que gran parte de Asia ya ha seguido. O bien puede mantener su particularidad y seguir atrapada en la historia. Su decisión será muy importante para nosotros, si se tienen en cuenta las dimensiones del país y las de su poderío militar, por cuanto éste último seguirá preocupándonos y retrasando la toma de conciencia de quienes ya emergimos del otro lado de la historia.

Un triste final

LA DESAPARICIÓN DEL MARXISMO-LENINISMO primero en China y después en la Unión Soviética, equivaldrá a su muerte como ideología viva dotada de una importancia histórica mundial. Puede permanecer en algunos pocos creyentes aislados, en lugares como Pyongyang o Cambridge (Massachusetts): El hecho es que no habrá ningún Estado grande en el que el marxismo-leninismo sea una ideología viviente y logre su pretensión de marchar en la vanguardia de la historia de la humanidad.

La muerte de esta ideología significa que el espíritu del mercado común no cesará de fortalecerse en las relaciones internacionales, y que la probabilidad de un conflicto a gran escala entre Estados será cada vez más remota.

Esto no implica el final de los conflictos internacionales como tales. Porque el mundo estará ahora dividido en dos partes: una histórica y otra post-histórica. Un conflicto entre los Estados que aún permanecen ubicados en la historia, o entre éstos y los que están situados al final de la historia, será todavía posible. Habrá un nivel elevado y creciente de violencia étnica y nacionalista, porque se trata de impulsos que no han sido completamente amainados, aún en ciertas partes del mundo post-histórico. Los palestinos y los curdos, los sijes y los tamiles, los católicos irlandeses y los de Wales, los armenios y los azerbaiyanos, continuarán buscando sus reivindicaciones insatisfechas, lo cual implica que el terrorismo y las guerras de liberación nacional continuarán representando un capítulo importante en el orden del día internacional. Sin embargo, en lo que respecta a los conflictos a gran escala, aquellos que exigen la presencia de los grandes Estados, están a punto de abandonar el escenario histórico universal.

El final de la historia será un período terriblemente triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la vida por una causa abstracta, el combate ideológico mundial que llamaba a la audacia, al coraje y a la imaginación, todo ello será reemplazado por el cálculo económico, la búsqueda indefinida de soluciones técnicas, las preocupaciones relacionadas con el medio ambiente y la satisfacción de consumidores sofisticados.

En la era post-histórica existirá solamente la conservación perpetua del museo de la historia de la humanidad. Siento, y veo que los que me rodean sienten lo mismo, una nostalgia infinita de la época en que la historia existía. Esta nostalgia continuará, por algún tiempo todavía, alimentando la competencia y el conflicto en el mundo post-histórico mismo. Al reconocer que es inevitable, experimento los sentimientos más ambivalentes ante la civilización que se creó en Europa después de 1945, con sus vástagos norteamericanos y asiáticos.

Y quizás la misma perspectiva de los siglos de aburrición que nos esperan luego del final de la historia, sirvan para volver a ponerla en marcha...

“La evidencia histórica apunta al unísono sobre la relación que existe entre la libertad política y el libre mercado. Yo no sé de ningún ejemplo, en tiempo o lugar, de una sociedad que haya gozado en gran medida de libertad política y que no haya recurrido a algo comparable al mercado libre para la organización del grueso de su actividad económica.”

Milton y Rose Friedman
CAPITALISMO Y LIBERTAD
(1962)